

Sófocles

Filoctetes

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sófocles

Filoctetes

Personajes de la tragedia

Ulises

Neoptólemo

Filoctetes

Un espía que se presenta como mercader

Hércules

Coro

Ulises.- Esta es la orilla de la aislada tierra de Lemmos, no pisada de mortales ni habitada en la cual -¡oh niño Neoptólemo, hijo de Aquiles, el padre más valiente que ha habido entre los griegos!- dejé yo abandonado hace tiempo al hijo del meliense Peante, cumpliendo el mandato que de hacerlo así me dieron los jefes; pues de la llaga que le devoraba le destilaba el pie gota a gota, y no nos dejaba y no nos dejaba celebrar tranquilamente ni las libaciones ni los sacrificios, porque con sus fieras maldiciones llenaba todo el campamento, vociferando y dando desgarradores lamentos. Pero estas cosas, ¿qué necesidad hay de referirlas? El momento, pues, no es para largos discursos, no sea que él se entere de que he llegado yo y echemos a perder toda mi habilidad, con la que pronto lo engañaremos, según creo.

Deber tuyo es ayudarme en lo demás y buscar el sitio en que hay una cavernosa roca de dos bocas, dispuesta de tal manera que mientras en invierno proporciona dos asentadas al sol en verano lleva la brisa dulce sueño al pasar por la horadada caverna. Y un poco más abajo, hacia la izquierda, pronto verás una fuente de agua potable, si es que todavía persiste. Acércate cautelosamente y dime con señas si en ese mismo lugar está el hombre, o si se halle en otra parte, para que oigas las restantes advertencias que yo te expondré, con el fin de que procedamos de acuerdo.

Neoptólemo.- Rey Ulises, para averiguar lo que me mandas no he de ir lejos, pues creo que tal como dices es el antro que estoy viendo.

Ulises.- ¿Hacia la parte de arriba o a la de abajo?; pues yo no distingo.

Neoptólemo.- Aquí arriba; y de pasos no se oye ningún ruido.

Ulises.- Mira si duerme, no sea que se halle echado.

Neoptólemo.- Veo vacía la habitación, sin hombre alguno.

Ulises.- ¿Y no hay dentro comodidad alguna que la haga habitable?

Neoptólemo.- Un apelmazado colchón de hojas, como si en él durmiera alguien.

Ulises.- ¿Y todo lo demás vacío, sin que haya nada ahí dentro?

Neoptólemo.- Un vaso de madera, obra de algún hombre inhábil; y junto a él astillas de las que sirven para encender fuego frotando.

Ulises.- De él es todo ese menaje que me indicas.

Neoptólemo.- ¡Ay, ay! Aquí veo unos andrajos que se están secando, llenos de asqueroso pus.

Ulises.- El hombre habita en estos lugares, no hay duda, y está no lejos de aquí. Pues ¿cómo es posible que enfermo ese hombre del pie, con esa crónica llaga pueda andar lejos? Así que, o se ha salido a buscar alimento, o ver si en alguna parte encuentra alguna hoja que le calme el dolor. A ese que te acompaña envíalo a que lo busque, no sea que sin darme cuenta, caiga sobre mí; pues mucho más quisiera él apoderarse de mí que de todos los demás griegos.

Neoptólemo.- Ya se va, y vigilará bien la senda. Tú si algo necesitas, manda de nuevo.

Ulises.- ¡ Hijo de Aquiles! para lo aquí has venido es preciso que demuestres valor, no sólo con tu brazo, sino también que si me oyes algo nuevo que antes no hayas oído, te sometas a ello como ayudante mío que eres.

Neoptólemo.- ¿Qué más me ordenas?

Ulises.- A Filoctetes es preciso que le engañes con tus razonamientos. Cuando te pregunte quién eres y de dónde vienes, dile que hijo de Aquiles - esto no debes ocultarlo- que navegas hacia tu casa, habiendo abandonado el campamento naval de los aqueos, a quien tienes rencoroso odio, porque después de haberte pedido con súplicas que hicieras el viaje desde tu patria, como tu eras el único recurso que tenían para la toma de Troya, al llegar a ella no se dignaron darte las armas de Aquiles que con justicia pedías, sino que se las concedieron a Ulises, y le dices de mí cuanto quieras, hasta las más estupendas infamias. De ella ninguna me apenará; pues si no haces esto ocasionarás daño a todos los argivos. Porque sino te apoderas del arco de éste, no te va a ser posible destruir la ciudad de Dárdano. Y que yo no pueda, pero tu sí, mantener con éste conversación que le merezca fe y nos dé seguro resultado, vas a verlo. Tu has atravesado el mar sin obligarte con juramento, ni por necesidad; no eres tampoco de la primera expedición. Yo, de todo esto, nada puedo negar. De manera que si él, en posesión de su arco, me llegara a ver, estoy perdido y te pierdo a ti a la vez. Por esto mismo es menester que emplees mucha astucia para que le quites esas invencibles armas. o bien sé, hijo, que por tu índole no eres a propósito para decir mentiras ni cometer villanías; pero ya que dulce cosa es alcanzar la victoria, atrévete a ello; que en adelante ya procuraremos ser sinceros. Pero ahora déjate llevar de mí, arrinconando la vergüenza durante una pequeña parte del día; y luego, en adelante, procura que te llamen el más virtuoso de todos los hombres.

Neoptólemo.- Yo, en verdad, hijo de Laertes, aquello que en conversación no me gusta oír, es lo que tengo horror de hacer; pues soy de índole tal, que no puedo hacer nada valiéndome de malas artes; ni tampoco, según dicen, el padre que me engendró. Pero estoy dispuesto a llevarme por la fuerza a este hombre y no con engaños; pues él con un solo pie, siendo nosotros tantos como somos, no podrá dominarnos a la fuerza. En verdad que habiendo venido como ayudante tuyo, temo que me llamen traidor; pero prefiero ¡oh rey! no alcanzar buen éxito por proceder honradamente, a triunfar con malos medios.

Ulises.- De no noble padre has nacido, niño; yo también cuando era joven, dejaba la lengua ociosa y hacía obrar a la mano; más ahora, al tocar la realidad, veo que los hombres, la lengua, no el trabajo, es la que todo lo gobierna.

Neoptólemo.- ¿Qué es, pues, lo que mandas, sino que diga mentiras?

Ulises.- Te digo que te apoderes de Filoctetes con astucia.

Neoptólemo.- ¿Y por qué le he de tratar con engaño, mejor que convenciéndolo?

Ulises.- Porque temo que no te crea; y a la fuerza, no podrás llevarlo.

Neoptólemo.- ¿Tan temible es la confianza que en su fuerza tiene?

Ulises.- Tiene flechas certeras que ante sí llevan la muerte.

Neoptólemo.- Luego con él, ¿ni siquiera riñendo hay confianza de triunfo?

Ulises.- No, si no lo coges con engaño, como te he dicho.

Neoptólemo.- ¿No crees vergonzoso el decir mentiras?

Ulises.- No, si la mentira nos lleva la salvación.

Neoptólemo.- ¿Cómo un hombre sensato se atreverá a decir eso?

Ulises.- Siempre que obres en provecho propio, no debes vacilar.

Neoptólemo.- Y para mí, ¿qué provecho hay en que éste venga a Troya?

Ulises.- Sus flechas son las únicas que pueden tomar Troya.

Neoptólemo.- Pues quien la ha de destruir según se dijo ¿no soy yo?.

Ulises.- Ni puedes tú sin ellas, ni ellas sin ti.

Neoptólemo.- Pues no hemos de apoderar de ellas, si así es.

Ulises.- Como que haciendo eso te llevarás dos premios.

Neoptólemo.- ¿Cuáles? Dímelo, que no me negaré a hacerlo.

Ulises.- Sagaz y valiente serás llamado a la vez

Neoptólemo.- Vaya, lo haré sacudiéndome toda la vergüenza.

Ulises.- ¿Te acuerdas bien todo lo que te he advertido?

Neoptólemo.- Bien, créelo, aunque una sola vez lo oí.

Ulises.- Pues estate aquí para esperarle; yo me voy, no sea que vea si me quedo, y enviaré de nuevo el espía hacia la nave. Y si me parece que tardáis demasiado tiempo, te mandaré otra vez a ese mismo hombre, disfrazado con traje de marinero, para que pueda presentarse como desconocido. Y aunque él ¡oh hijo! se exprese astutamente, toma de su conversación todo lo que te sea útil. Así, pues, me voy a la nave dejando el asunto en tus manos. Ojalá el doloso Mercurio, que aquí nos ha triado, siga siendo nuestro guía, y también la victoriosa Minerva, protectora de la Ciudad, que me salva siempre.

Coro.- ¿Qué debo yo callar, ¡oh señor! o qué debo yo decir, siendo peregrino en tierra extraña, a un hombre receloso? Dímelo; porque a todos los artificios aventaja el artificio y también la sagacidad de aquel en quien reina el divino cetro de Júpiter. Y a ti ¡oh hijo mío! la autoridad que tienes te viene de tus antepasados. Por eso dime en qué te debo ayudar.

Neoptólemo.- Por ahora, si por esas lejanías quieres averiguar el sitio en que e halla, búscalo con diligencia; y luego, cuando venga ese horrible vagabundo, desde esa cueva, procediendo siempre conforme a lo que haga, procura ayudarme según las circunstancias.

Coro.- Me preocupa hace ya tiempo el encargo que me das, ¡oh rey! de que atienda con solicitud a lo que más te pueda convenir. Mas ahora dime la mansión en que habita de ordinario o el sitio en que se encuentra; pues el saberlo me ha de ser muy oportuno para que no caiga sobre mí sin que yo advierta por dónde viene. ¿Qué sitio, qué morada, qué pista lleva? ¿Está en la cueva o fuera de ella?

Neoptólemo.- Esa caverna que ves con dos entradas, una a cada lado, es su pétrea morada.

Coro.- ¿Y dónde el infeliz ese se ha ausentado ahora?

Neoptólemo.- Para mí es cosa cierta que, buscando qué comer, se va arrastrando por esa senda que hay ahí cerca. Tal, según dicen, es la manera que tiene de vivir el miserable, cazando bestias a duras penas con voladoras flechas, sin que nadie le lleve remedio alguno a su mal.

Coro.- Me compadezco de él pensando como, sin haber ningún mortal que le cuide ni tener a nadie en su compañía - el infeliz siempre solo -, sufre dolencia cruel, porque debe desesperarse siempre que se le presente ocasión de satisfacer alguna necesidad. ¿Cómo, pues, cómo el infeliz resiste? ¡Oh castigo divino! ¡Cuán desdichados son los hombres que no llevan una vida moderada! Este, que por la nobleza de su familia, tal vez, a nadie cede, falto de todo, pasa aquí la vida solo y apartado de todo el mundo, entre abigarrada e hirsutas fieras, atormentado a la vez por los dolores y el hambre, y lleno de irremediables inquietudes; sólo el indiscreto eco de esta montaña, que repercute a lo lejos, contesta a sus amargos lamentos.

Neoptólemo.- Nada de esto me causa admiración. Es voluntad de los dioses, si yo no estoy equivocado. La cruel Crisa ha descargado sobre él todas esas calamidades. Y lo que ahora sufre, sin que nadie se cuide de él, no es posible que suceda sino por la solicitud de alguno de los dioses, para que no lance sus divinas e invencibles flechas sobre Troya antes de que llegue el tiempo en el que se dice que por ellas ha de ser ésta conquistada.

Coro.- Guarda silencio, hijo.

Neoptólemo.- ¿Qué hay?

Coro.- Se oye un ruido así como de un hombre fatigado o por este lado o por el otro. Hiere, hiere mis oídos ciertamente, el rumor del andar de un hombre que se arrastra con dificultad, y no dejo de oír a lo lejos gritos de dolor que me apenan; es evidente que llora. Pero procura tener, ¡oh hijo! ...

Neoptólemo.- Di. ¿Qué?

Coro.- La discreción que el caso requiere; porque no lejos, sino cerca esta ese hombre, que no entona melodías de flauta como campestre pastor, sino que lanza penetrantes lamentos de dolor, ya por haber dado algún tropiezo, ya por haber visto el inhospitalario puerto en que está la nave; grita pues, horriblemente.

Filoctetes.- ¡Oh extranjeros! ¿Quiénes sois y por qué casualidad habéis abordado en esta tierra, que ni tiene buenos puertos ni está habitada? ¿De qué país o de qué familia podré decir que sois? Por la hechura, a la verdad, vuestro traje es griego, el más querido por mí. Deseo oír vuestra voz; no me tengáis miedo ni os hororicéis ante mi aspecto salvaje; sino compadeced a un hombre infortunado, solitario, así abandonado y sin amigos, en su desgracia; hablad, si como amigos habéis venido; ea respondedme; que ni está bien que yo no obtenga contestación de vosotros ni vosotros de mí.

Neoptólemo.- Pues, extranjero, sabe ante todo que somos griegos. ¿Esto pues deseas saber?

Filoctetes.- ¡Oh dulcísima voz! ¡Huy! ¡Qué consuelo oír la palabra de un hombre como éste después de tanto tiempo! ¿Quién, hijo, te ha traído? ¿Qué necesidades te ha llevado? ¿Qué intención? ¿Qué viento propicio? Dímelo todo para que sepas quien eres.

Neoptólemo.- Natural soy de la isla de Esciro; navego hacia mi patria, y me llaman Neoptólemo, hijo de Aquiles.

Filoctetes.- ¡Oh hijo de carísimo padre y también de amada tierra! ¡Oh alumno del anciano Licomedes! ¿Con qué objeto has abordado en esta tierra, y de dónde vienes navegando?

Neoptólemo.- De Troya, en verdad, ahora vengo con mi nave.

Filoctetes.- ¿Qué dices? Porque tú no embarcaste con nosotros cuando por primera vez salió para Troya la expedición.

Neoptólemo.- ¿Acaso tú tomaste parte en esas fatigas?

Filoctetes.- ¡A hijo! ¿No conoces a quien estás viendo?

Neoptólemo.- ¿Cómo he de conocer a quién no he visto nunca?

Filoctetes.- ¿ Ni el nombre, ni siquiera la noticia de los males en que me estoy consumiendo has oído jamás?

Neoptólemo.- Ten por cierto que nada sé de todo eso de que me hablas.

Filoctetes.- ¡Oh qué desgraciado soy! ¡Oh, cuánto me odian los dioses, cuando la noticia de mi desgracia no ha llegado ni a mi patria ni a ninguna parte de Grecia! Pero los que impiamente me arrojaron aquí ríen en silencio, mientras mi dolencia va tomando fuerza y aumenta de día en día. ¡Oh niño! ¡Oh hijo de Aquiles! Aquí me tienes. Yo soy aquel, que tal vez habrás oído, que es dueño de las armas de Hércules, el hijo de Peante, Filoctetes, a quien los dos generales y el rey de los cefalónios me echaron ignominiosamente, así, como ves, solo, consumido por fiera dolencia y llagado con la cruel herida de la ponzoñosa víbora. De este modo, hijo, me dejaron aquellos aquí, abandonado, cuando desde la isla de Crisa abordaron en ésta con su flota. Entonces, cuando vieron que yo después de gran marejada, me dormí profundamente al abrigo de una roca de la orilla, me abandonaron y se marcharon, dejándome, como si fuera un mendigo, unos pocos andrajos y algo también de comida, poca cosa, lo que ¡ojalá lleguen ellos a tener! Tú, hijo, ¿cuál crees que fue mi situación al despertar de mi sueño, cuando ellos ya se había ido? ¿Cuál fue mi llanto? ¿Cuánto lloré mi desgracia al ver que las naves que yo gobernaba se habían ido todas, y que en este sitio no había nadie que me pudiera servir ni aliviar el sufrimiento de mi enfermedad? Mirando por todas partes, no encontraba más que la aflicción ante mí, y de ella gran abundancia, ¡oh hijo! El tiempo avanzaba sin cesar mi sufrimiento, y fue preciso que en esta miserable viviendo yo solo me gobernase. Para el vientre, este arco me ha proporcionado lo que necesitaba, hiriendo aladas palomas; pero para recoger la pieza que derribaba la flecha que el nervio lanzaba, yo mismo, sufriendo tenía que serpentear haciendo eses y arrastrando este desdichado pie, por si podía cogerla. Y cuando sentía necesidad de beber, o de desgarrar algo de leña en la época de escarchas, como sucede en invierno, lo hacía arrastrándome miserablemente. Además, no tenía fuego; pero frotando piedra con piedra sacaba, con gran fatiga, la oculta lumbre que me salvaba siempre; así que la caverna que habito y el fuego me suministran todo lo que necesito, menos la curación de la llaga. Ahora, ¡oh hijo! vas a enterarte de las condiciones de esta isla; en ella no aborda voluntariamente ningún navegante; porque no hay puerto, ni lugar en que se pueda hacer ganancia con el comercio, ni donde uno pueda hospedarse. No navegan, pues, hacia ella los expertos navegantes.

Suelen abordar algunos contra su voluntad, cosa que es natural que suceda bastantes veces en tan gran lapso de tiempo; éstos, cuando llegan, ¡oh hijo! se compadecen de mí me dejan algo de comer algún vestido; pero nadie, cuando de ello les hago mención, quiere conducirme a mi patria; así que perezco en mi infortunio, siendo ya este el décimo año que con hambre y miseria estoy alimentando esta voraz enfermedad. Esto es lo que los átridas y Ulises ¡oh hijo! han hecho de mí; cosa que ojalá los olímpicos dioses les hagan sufrir a ellos en venganza de mis males.

Coro.- Nos parece que, lo mismo que los extranjeros que aquí han llegado, te compadecemos hijo de Peante.

Neoptólemo.- Y yo, por mi mismo, sé que sois sincero en lo que decís; pues puedo atestiguarlo por haber estado con los infames átridas y el pérfido Ulises.

Filoctetes.- ¿ También tienes tú algo que acusar a los perniciosos átridas, enojado por alguna injuria?

Neoptólemo.- Ojalá pudiera saciar mi cólera con mis manos, para que Micenas supiera, y también Esparta, que Esciro es madre de valientes guerreros.

Filoctetes.- Bien, hijo mío. ¿Y cómo has llegado a tener tanto rencor contra ellos, que de ese modo los acusas?

Neoptólemo.- ¡Oh hijo de Peante! Diré aunque lo diga con pena, la injuria que me infirieron apenas llegué; pues cuando le tocó a Aquiles el turno de morir ...

Filoctetes.- ¡Ay de mí! No me digas más antes de que sepa primero si ha muerto el hijo de Peleo.

Neoptólemo.- Ha muerto; pero no fue hombre, sino un dios, el que le hirió, según dicen: Febo le mató.

Filoctetes.- Pues noble fue el matador y también el interfecto. Pero no sé, hijo, qué deba yo hacer primero, si preguntarte por lo que has sufrido o llorar por aquel.

Neoptólemo.- Creo que te bastan tus padecimientos, ¡oh infeliz! para que no tengas que llorar los del prójimo.

Filoctetes.- Muy bien lo has dicho. Sin embargo, empieza de nuevo a contarme tus cosas y el modo como te injuriaron.

Neoptólemo.- Vinieron por mí con una nave muy pintorreada, el divino Ulises y el ayo de mi padre, diciendo, fuera verdad o mentira, que el hado no permitía, una vez muerto mi padre, que otro sino yo conquistara la ciudadela troyana. Esto ¡oh extranjero!, que así me dijeron, no me dejó perder tiempo, sino que hizo que me embarcara enseguida, principalmente por el deseo de ver al difunto antes que lo sepultaran - porque nunca lo había visto -, y también por la razón especiosa que concurría de que yo debía ser quien, al llegar, tomara la ciudadela de Troya. Fue el segundo día de mi navegación cuando abordé en el promontorio Sigeo, después de feliz travesía. En seguida que desembarqué me rodeó todo el ejército y me saludó, jurando que en mí volvían a ver al que ya no vivía: a Aquiles. Este aún yacía insepulto. Yo ¡infeliz! después que lo lloré, me presenté sin perder tiempo, a los átridas, mis amigos, y les pedí, como era natural, las armas de mi padre y todo lo demás que hubiese dejado. Pero ellos, ¡ay! me dieron una contestación que sólo con gran paciencia podía tolerarse: ¡Oh hijo de Aquiles!, puedes tomar todo lo que fue de tu padre menos las armas, que de éstas otro guerrero es dueño ya, el hijo de Laertes. Yo que tal oí, me levanté enseguida preso de furiosa cólera, y lleno de indignación, les dije: ¡Ah miserables! ¿Es que os habéis atrevido, en perjuicio mío, a dar a otro las armas que me corresponden, sin contar conmigo? A lo que contesto Ulises, que allí cerca se encontraba: “ Sí, niño, me las dieron éstos, y con justicia, pues yo las salvé, y salvé también el cuerpo de tu padre con mi ayuda”. Irritado yo, le maldije en seguida con toda suerte de imprecaciones, sin omitir ninguna, si de las armas, que eran mías, llegara él a despojarme. Y acercándoseme, aunque sin llegar a irritarse, picado por lo que había oído así me respondió:

“Tú no estabas donde yo, sino que, ausente, te hallabas donde no debías estar; y las armas, ya que hablas con tanta osadía, no te llevarás jamás a Esciro”.

Después de oír tanto insulto y de sufrir tanta injuria, me vuelvo a mi patria despojado de lo mío por Ulises, perverso hijo de perversos padres. Y no inculpo a él tanto como a los jefes; porque la armonía de la ciudad depende de los gobernantes lo mismo que la disciplina del ejército; pues los hombres que se desmandan se han hecho malos por los discursos de los maestros. Todo te lo he dicho ya: quien a los átridas odie, sea amigo mío y también de los dioses.

Coro.- ¡Montuosa y alma tierra, madre del mismo Júpiter, que habitas en el grande y aurífero Pactolo!

A ti allí, ¡oh madre augusta! invoqué cuando contra éste se dirigía toda la injuria de los átridas, cuando las paternas armas otorgaron, ¡oh dichosa que en tauricidas leones montas! al hijo de Laertes, como honra excelsa.

Filoctetes.- Con evidentes señales de dolor me parece ¡oh extranjero!, que habéis navegado hacia aquí; y me lo estás manifestando de manera que bien puedo conocer que esas fechorías son propias de los átridas y de Ulises; porque sé por experiencia que en la lengua de éste tiene asiento toda clase de maledicencia y también toda ruindad; por lo cual nada que sea justo está dispuesto a cumplir. Pero no es eso lo que me admira, sino si estando allí Áyax el mayor, y viendo esas cosas, las toleró.

Neoptólemo.- No vivía ya, ¡Oh extranjero!; pues nunca jamás, viviendo él, habría sido yo despojado de las armas.

Filoctetes.- ¿Qué dices? ¿También se ha ido ése arrebatado por la muerte?

Neoptólemo.- Como que ya no existe en el mundo de la luz, has de saber.

Filoctetes.- ¡Ay infeliz de mí! Y el hijo de Tideo, y el hijo de Sísifo, comprado por Laertes, esos no morirán nunca; esos que no debía vivir.

Neoptólemo.- Verdad que no, bien lo sabes; pero muy boyantes se hallan ahora en el ejército de los argivos.

Filoctetes.- ¿Y qué es del bondadoso anciano y amigo mío Néstor de Pilos? Este, pues, solía impedir las maldades de aquéllos dándoles buenos consejos.

Neoptólemo.- Ese lo pasa ahora mal; porque la muerte le ha privado ahora de su hijo Antíloco, que con él habitaba.

Filoctetes.- ¡Ay de mí! Me das noticias de dos que de ninguna manera quisiera saber que hubiesen muerto. ¡Huy, huy! ¿Qué ha de pensar uno cuando éstos mueren y queda en el mundo Ulises, que debía, en vez de ellos, ser contado entre los muertos?

Neoptólemo.- Astuto adversario es éste; pero también los ardides de la astucia, ¡oh Filoctetes!, tropiezan con frecuencia.

Filoctetes.- Ea, dime por los dioses: ¿Dónde estaba entonces Patroclos, que era el más querido de tu padre?

Neoptólemo.- También éste ha muerto. Y en pocas palabras te explicaré la causa de todo esto: la guerra por sí misma no mata a ningún cobarde, sino a los valientes.

Filoctetes.- Estoy conforme contigo; y por eso mismo voy a preguntarte por un guerrero indigno, pero terrible por su lengua, y hábil. ¿Qué es de él ahora?

Neoptólemo.- ¿Pero quién puede ser éste por quien me preguntas sino Ulises?

Filoctetes.- No me refiero a ése, sino que había un tal Tersites que nunca quería hablar sino de lo que se le prohibía. Ése, ¿sabes si está vivo?

Neoptólemo.- No lo he visto pero sé que vive aún.

Filoctetes.- Así había de ser, porque ningún cobarde ha muerto; que bien cuidan de ellos los dioses, que en cierto modo se complacen en apartar del infierno a los facinerosos y trampistas, mientras hacia él arrastran a los justos y honrados. ¿Qué ha de pensar uno de esto, cómo lo ha de aplaudir, si queriendo alabar las obras divinas encuentran inicuos a los dioses?

Neoptólemo.- Yo, en verdad, ¡oh hijo de padre eteo!, de hoy en adelante, mirando de lejos Troya y a los átridas, me guardaré de ellos. Donde el infame puede más que el hombre de bien, y se menosprecian las buenas acciones y triunfa el cobarde, a los hombres que eso toleren yo no puedo apreciar jamás. Así que la pedregosa Esciro me bastará en adelante para que viva feliz en mi patria. Ahora me voy hacia la nave: y tú, hijo de Peante, que lo pases muy bien; salud. Que los dioses te libren de la enfermedad, como tu lo deseas.

Nosotros vayámonos, para que al punto en un dios nos permita navegar salgamos en seguida.

Filoctetes.- ¿Ya, hijo, os vais?

Neoptólemo.- Sí, que la ocasión para navegar pide que no se la observe de lejos, sino de cerca.

Filoctetes.- Pues por tu padre y por tu madre, ¡oh hijo! y también por lo que en tu casa te sea más querido, te suplico y te ruego que no me dejes en esta situación, solo y desamparado en medio de los males en me ves, y que sabes que padezco; échame en tu nave como si fuera un fardo; bien sé que esta carga te ha de ocasionar mucha molestia, pero sopórtala. Para las almas generosas, lo feo es abominable, más lo virtuoso, digno de honor. Para ti, el dejar de hacer esto, será oprobio vergonzoso; pero el hacerlo, ¡oh hijo! será la mayor recompensa de tu gloria, si llegara yo vivo a la tierra etea. Ea, que la noticia no ha de durar ni siquiera un día. Decídetes; échame como un trasto donde quieras: en la sentina, en la proa, en la popa; en donde menos pueda molestar a los compañeros. Accede por el mismo Júpiter protector de los suplicantes; hijo, créeme. Caigo ante ti de rodillas aunque no pueda, en mi desdicha por la cojera; pero no me dejes desamparado aquí, donde no hay huella humana; sino sálvame, ya me lleves a tu patria, ya a Eubea, donde reina Calcodonte. Desde allí ya no me será largo el camino para llegar al Eta y a la montaña de Traquina y al caudaloso Esperquio, para que me presentes a mi querido padre, que hace ya tiempo que me temo se me haya muerto; porque muchas veces le envié suplicantes ruegos con los que han abordado aquí, para que viniera él mismo con una nave y me llevara salvo a casa. Pero, o es que ha muerto, o que los comisionados, como es natural, lo creo, no haciendo caso de mi encargo, se dieron prisa en llegar a casa. Pero ahora, ya que en ti no hallo sólo un compañero, sino también un mensajero, sálvame, compadécete de mí, considerando que a todo temor están expuestos peligrosamente los mortales para pasarlo bien o pasarlo mal. Conviene que el que está fuera de la desgracia ponga su vista en las desdichas; y que cuando uno vive feliz, medite entonces lo que es la vida para no arruinarse sin darse cuenta.

Coro.- Compadécete, príncipe; que de sus muchos e intolerables padecimientos nos ha expuesto las angustias que ojalá ninguno de mis amigos toque. Y si odias, ¡oh rey! a los crueles átridas, yo en tu lugar, cambiando la injuria de ellos en provecho de éste, a que tanto desea, lo conduciría a casa en la bien equipada y veloz nave, evitando con ello la venganza de los dioses.

Neoptólemo.- Mira tú, no seas ahora demasiado condescendiente; y luego, cuando te hastíes con el contacto del mal, no seas entonces tal cual ahora te manifiestas en tus palabras.

Coro.- De ninguna manera; no es posible que jamás puedas lanzar ese reproche sobre mí.

Neoptólemo.- Pues vergüenza sería que yo me mostrare inferior a ti en prestar al extranjero el oportuno auxilio. Y puesto que así te parece, partamos, que se prepare en seguida para venir; la nave lo llevará, nada se le niega. Sólo pido que los dioses nos saquen salvos de esta tierra y nos lleven adonde deseamos ir.

Filoctetes.- ¡Oh día gratísimo, y amabilísimo varón y queridos marineros! ¿Cómo os podré demostrar con mis actos que en mi tenéis a un amigo? Marchemos, hijo, después de hacer nuestra visita de despedida a esa habitación que nada tiene de habitable, para que sepas con qué medios he vivido y lo animoso que he sido. Pues creo que nadie que hubiese llegado a verla la hubiere sufrido, excepto yo, que por necesidad aprendí a resignarme a la desgracia.

Coro.- Esperad, veamos; pues dos hombres, el uno marinero de tu nave y extranjero el otro, vienen; oídes primero, y luego entraréis.

El Mercader.- ¡Hijo de Aquiles! a este compañero tuyo que con otros dos estaba cuidando de tu nave, le mandé que me dijera donde te hallabas, ya que sin pensarlo y solo por la causalidad te encontré al abordar en esta orilla. Pues como patrón de una pequeña flota, voy navegando desde Troya hacia mi patria, que es Pépareto, la de feraces viñas; y cuando supe que todos estos marineros van contigo en la nave, creí que no debía continuar en silencio mi viaje sin darte antes una noticia, a cambio de las debidas albricias. Tal vez tú no sepas nada de lo que a ti mismo se refiere, y es que los argivos celebran nuevos consejos acerca de ti; y no sólo consejos, sino obras puestas ya en práctica y que se llevan a cabo con actividad.

Neoptólemo.- Pues el agradecimiento a tu solicitud, ¡oh extranjero! si no soy un malvado, persistirá en mi amistad. Pero explícame lo que me ibas a decir, para que sepa la reciente determinación de los argivos, que me traes.

El Mercader.- Han salido con una flota, en tu persecución, Fénix el viejo y los hijos de Teseo.

Neoptólemo.- ¿Para hacerme volver a la fuerza, o convencerme por sus razones?

El Mercader.- No sé; lo que oí es lo que te cuento.

Neoptólemo.- ¿Y es posible que Fénix y los que con él navegan, así tan resueltamente estén dispuestos a hacer eso por complacer a los átridas?

El Mercader.- Que lo están haciendo ya, es lo que has de saber; no que se preparen a hacerlo.

Neoptólemo.- ¿Y cómo para esa empresa no se presentó Ulises espontáneamente, dispuesto a navegar? ¿Es que el miedo lo cohibió?

El Mercader.- Ése y el hijo de Tideo salieron en busca de otro guerrero cuando yo emprendí la vuelta.

Neoptólemo.- ¿Cuál es ese en cuya busca navega el mismo Ulises?

El Mercader.- Había uno ...; pero antes dime quién es éste, y al contestarme no hables alto.

Neoptólemo.- Este que ves es el ilustre Filoctetes, ¡oh extranjero!

El Mercader.- No me preguntes, pues, más sino cuanto antes hazte a la vela huyendo de esta tierra.

Filoctetes.- ¿Qué dice, hijo? ¿Es que furtivamente me traiciona con lo que te dice ese mercader?

Neoptólemo.- No sé lo que dice. Es preciso que diga en voz alta lo que tenga que decir, ante ti, ante mí, ante éstos.

El Mercader.- ¡Oh hijo de Aquiles! No me denuncies ante los jefes del ejército si te digo lo que no debía; pues de ellos recibo yo muchos beneficios a cambio de los servicios que, como pobre, les presto.

Neoptólemo.- Yo soy enemigo de los átridas. Y éste es mi mayor amigo porque a los átridas odia. Es preciso, pues, que tú, que llegas aquí como amigo mío, no nos ocultes ninguna de las noticias que hayas oído.

El Mercader.- Mira lo que haces, niño.

Neoptólemo.- Lo tengo visto tiempo ha.

El Mercader.- Te haré responsable de ello.

Neoptólemo.- Hazme, pero habla.

El Mercader.- Pues voy a hablar: en busca de este hombre vienen navegando esos dos que has oído, o sea el hijo de Tideo y el contumaz Ulises; y han jurado que se lo llevarán, o persuadiéndole con razones o violentamente a la fuerza. Y esto lo oyeron todos los aqueos

de boca de Ulises, que lo decía públicamente; pues tiene más confianza que el otro en llevar a cabo esto.

Neoptólemo.- ¿Y por qué razón los átridas, después de tanto tiempo, se preocupan de este a quien mucho ha que tenían abandonado? ¿Qué deseo le has venido? ¿Es el poder y la venganza de los dioses, que castigan las malas obras?

El Mercader.- Yo te diré todo esto, ya que parece que no lo sabes. Había un adivino de noble origen, pues era hijo de Príamo y tenía por nombre Heleno, que habiendo salido una noche solo, fue cogido por ese que está acostumbrado a oír todo dicterio denigrativo e insultante, o sea el doloso Ulises; y llevándolo atado, lo presentó en medio de los aqueos como excelente presa. Ese les hizo saber toda suerte de predicciones, y les dijo que nunca destruirían la ciudadela de Troya si no sacaban a éste, persuadiéndole con razones, desde esta isla en que habita ahora. Y apenas oyó el hijo de Laertes decir esto al adivino, prometió a los aqueos que les pondría delante a este hombre, que llevaría él.

Creía apoderarse de éste de buen grado, y si no cediera, a la fuerza; y ha puesto su cabeza a disposición del que se la quiera cortar, si no lo logra. Ya lo sabes todo, hijo; y te aconsejo que te vayas pronto, llevándote a todo aquel por quien tengas interés.

Filoctetes.- ¡Ay, pobre de mí! ¿De modo que ése, que es todo un criminal, ha prometido llevarme persuadido ante los aqueos? Así me dejaré persuadir, como si después de muerto pudiera sacarme del infierno a la luz, como el padre de aquél.

El Mercader.- No entiendo yo de eso; así que me vuelvo a mi nave, y a vosotros que el dios os dé lo que más os convenga.

Filoctetes.- ¿No es esto extraño, ¡oh joven! que el hijo de Laertes espere poder embarcarme en su nave valiéndose de sus embustes, y presentarme en medio de los aqueos? Mejor que a él oiría a la muy odiada víbora que me dejó así sin pie. Pero él es capaz de decirlo todo y de atreverse a todo. Y ahora sé que vendrá.

Pero hijo, marchemos; para que mucho mar nos separe de la nave de Ulises. Vayámonos que la oportuna diligencia proporciona sueño y descanso después de la fatiga.

Neoptólemo.- Pues cuando cese el viento de proa entonces partiremos; que ahora nos es contrario.

Filoctetes.- Siempre es bueno navegar cuando se huye del mal.

Neoptólemo.- Lo sé; pero también a ellos les es el viento contrario.

Filoctetes.- No hay para los piratas viento contrario cuando tienen ocasión de hurtar algo o robarlo violentamente.

Neoptólemo.- Pues si te parece, marchemos, tomando antes de la caverna lo que más útil o agradable te sea.

Filoctetes.- Pues algo me hace falta de lo poco que allí hay.

Neoptólemo.- ¿Qué cosa es esa que no se halle en mi nave?

Filoctetes.- Una hierba tengo que me sirve siempre para adormecer esta llaga, porque me la mitiga mucho.

Neoptólemo.- Pues, cógela. ¿Qué otra cosa deseas tomar?

Filoctetes.- Si alguna flecha de este arco se me quedó olvidada, para no dejar que otro pueda cogerla.

Neoptólemo.- ¿Es ése el famoso arco, el que ahora tienes?

Filoctetes.- Este; no hay otro que maneje mis manos.

Neoptólemo.- ¿Puedo verlo bien de cerca, tomarlo en mis manos y adorarlo como a un dios?

Filoctetes.- Puedes disponer ¡oh hijo! no sólo de él, sino de todo lo mío que te pueda ser útil.

Neoptólemo.- Y en verdad que lo quisiera; pero mi deseo es tal, que si me fuera permitido lo cogería, pero si no déjalo.

Filoctetes.- Piadosamente hablas y permitido te está ¡oh hijo! ya que tu sólo me has proporcionado la alegría de contemplar esta luz del sol y de ver la tierra etea y a mi anciano padre y a mis amigos; tú, que me has salvado cuando iba a ser hollado por mis enemigos. ¡Ea! Tú podrá cogerlo de mis manos y devolvérmelo luego; y alabarte de que, entre los mortales eres el único que por tu virtud le has puesto la mano. Pues también por hacer un favor (a Hércules) lo adquiriré yo.

(No me pena el haberte visto y tomado como amigo; porque quien sabe agradecer el beneficio recibido, puede ser mejor amigo que todas las riquezas.)

Neoptólemo.- Entra, pues, ya.

Filoctetes.- Y deseo que me acompañes, porque mi dolencia necesita tomarte como ayuda.

Coro.- De oídas sé, pues yo no lo vi, que a Ixión, porque se acercaba al lecho de Júpiter, le echó encima volante rueda el potente hijo de Cronos. Pero de ningún otro mortal he sabido yo, ni por haberlo oído ni haberlo visto, que haya caído en fatalidad peor que la de éste el cual, sin cometer el mal ni omitir el bien, sino siendo varón justo entre los justos, parece tan ignominiosamente. Esto en efecto, me llena de admiración. ¿Cómo es posible, cómo, que oyendo aquí solitario el rumor de las olas que se rompen en la crilla, haya podido aportar tan deplorable vida?

Aquí se hallaba solitario, sin poder andar, sin tener ningún vecino que en su dolencia le asistiese y a quien pudiese comunicar el dolor de la cruel herida que le devoraba y los lamentos que el eco le devolvía. Ni quien la ardiente sangre que le brotaba de la llaga del irritado pie le restañara con la fecunda tierra. Así, pues como el niño separado de su nodriza, se arrastraba rodando por aquí y por allá, por donde se le presentaba facilidad de pasar cuando se le mitigaba el dolor que le consumía; y sin tener para alimentarse ni legumbres de la sagrada tierra, ni de los demás de que nos alimentamos los hombres por nuestra industria, sino sólo de la caza que para llenar el vientre pudiera proporcionarse con las voladoras saetas de su arco, que rápidas las lanza, ¡oh triste vida, que durante diez años no ha gustado la bebida del escanciado vino y ha ido siempre en busca del agua embalsada por donde conjeturaba que pudiese haberla! Mas ahora, que se ha encontrado con un hijo de valiente padre, saldrá de aquellas desgracias afortunado y famoso. Porque después de tantos meses, a la patria mansión de las ninfas melladas, junto a la orilla del Esperquio, de donde el guerrero de bronceíneo escudo se elevó a la asamblea de los dioses, brillante todo con el divino fuego que ascendió sobre las alturas del Eta.

Neoptólemo.- Anda, si quieres. ¿Pero como así, sin proferir palabra, permaneces en silencio y estás como atónito?

Filoctetes.- ¡Aaah, aaah!

Neoptólemo.- ¿Qué hay?

Filoctetes.- Nada grave, pero vete, hijo.

Neoptólemo.- ¿Acaso te aprieta el dolor de la dolencia que sufres?

Filoctetes.- No, ciertamente, sino que creo que empiezo a aliviarme, ¡oh dioses!

Neoptólemo.- ¡Por qué invocas a los dioses con esos gemidos?

Filoctetes.- Para que ellos nos salven y asistan benignos. ¡Aaah, aaah!

Neoptólemo.- ¿Qué te pasa? ¿No me lo quieres decir y permaneces silencioso? Claro se ve que estás sufriendo.

Filoctetes.- Estoy perdido, hijo, y no podré ocultaros el dolor. ¡Attatay! Me traspasa. ¡Infeliz! ¡Pobre de mí! Estoy perdido, hijo. Me devora, hijo. ¡Papay! ¡Appapapay! ¡Papappapappapappay! ¡Por los dioses! Si tienes, hijo, cerca o en las manos una espada, hiéreme en el pie; córtamelo en seguida; no temas por mi vida; anda, niño.

Neoptólemo.- ¿Qué novedad te ha ocurrido así de repente, que tan grandes llantos y gemidos te hace dar?

Filoctetes.- Lo sabes, hijo.

Neoptólemo.- ¿Qué es?

Filoctetes.- Lo sabes, niño.

Neoptólemo.- ¿Qué te pasa? No lo sé.

Filoctetes.- ¿Cómo no lo sabes? ¡Pappapappay!

Neoptólemo.- ¡Terrible es el peso de tu dolencia!

Filoctetes.- Terrible, en verdad, e inexplicable; pero compadéceme.

Neoptólemo.- ¿Qué tengo que hacer?

Filoctetes.- No te asustes y me hagas traición, porque viene el dolor a intervalos y se va cuando se sacia.

Neoptólemo.- ¡Ay, ay! ¡Qué desgraciado eres! Se ve que eres desgraciado en medio de todos esos dolores.

¿Quieres que te coja y que te sostenga de algún lado?

Filoctetes.- Nada de eso, sino que cogiendo este arco mío que me pedías hace poco, defiéndelo y guárdalo hasta que me pase el acceso de dolor que ahora sufro, pues me coge el sueño siempre que empieza a mitigárseme el dolor; no es posible que me desaparezca antes, sino que es preciso que me dejes dormir tranquilamente. Y si en ese tiempo vienen aquéllos, por los dioses te suplico que ni de buen grado ni contra tu voluntad, ni cediendo a sus astucias les dejes el arco; no sea que de ti mismo y de mí, que soy tu suplicante, vengas a ser asesino.

Neoptólemo.- Confía en mi prudencia. No se entregará a nadie sino a ti y a mí. Dámelo norabuena.

Filoctetes.- Ahí va; tómalo, hijo. Pero conjura a la envidia para que no te sea origen de grandes desgracias ese arco, como lo ha sido para mí y para el que antes que yo fue su dueño.

Neoptólemo.- ¡Oh dioses! ¡Ojalá no suceda esto! ¡Ojalá tengamos navegación feliz y expedita hasta donde el dios crea justo y el viaje está dispuesto!

Filoctetes.- Pero has de saber, hijo, que tema que esa súplica sea inútil; porque me sale de nuevo negra sangre que brota del fondo de la herida y espero algún nuevo acceso. ¡Papay! ¡Huy! ¡Papay! Otra vez, ¡oh pie!, cuánto dolor me haces. Ya viene, ya se acerca esto ¡ay de mí, infeliz! Ya veis mi dolor; no me abandonéis de ninguna manera. ¡Attatay! ¡Ah extranjero cefalénio! ¡Ojalá a través de tus pechos se corriera este dolor! ¡huy! ¡Papay, papay mil veces! ¡Ah pareja de generales, Agamemnon y Menelao! ¿Por qué en vez de yo, no sois vosotros los que igual tiempo sufráis esta enfermedad? ¡Ay de mí! ¡Oh muerte, muerte! ¿Cómo es que, llamándote así todos los días, no quieres venir jamás? ¡Oh hijo! ¡oh noble! Arrójame, pues, en éste renombrado volcán de Lemnos y quémame, ¡oh noble! haciendo lo mismo conmigo, lo mismo que yo tuve que hacer en otro tiempo con el hijo de Júpiter por esas armas que tú ahora guardas. ¿Qué dices, niño? ¿Qué dices? ¿Por qué callas? ¿Dónde te encuentras, hijo?

Neoptólemo.- Sufro hace ya tiempo deplorando tu dolor.

Filoctetes.- Pues, hijo, ten valor; que éste me invade rápidamente y pronto se va. Pero te suplico que no me dejes solo.

Neoptólemo.- ¡Ánimo! Te esperaré.

Filoctetes.- ¿Sí que me esperarás?

Neoptólemo.- Tenlo por cierto.

Filoctetes.- No creo que deba obligarte con juramento, hijo.

Neoptólemo.- Como que no me es posible marcharme sin ti.

Filoctetes.- Dame tu mano en señal de fidelidad.

Neoptólemo.- Te la doy para esperarte.

Filoctetes.- Allá ahora a mí, allá.

Neoptólemo.- ¿Adónde dices?

Filoctetes.- Arriba.

Neoptólemo.- ¿Qué desvarías de nuevo? ¿Por qué miras hacia el cóncavo cielo?

Filoctetes.- Deja, déjame.

Neoptólemo.- ¿Adónde te he de dejar?

Filoctetes.- Déjame ya.

Neoptólemo.- Te digo que no te dejaré.

Filoctetes.- Me matarás si me tocas.

Neoptólemo.- Pues te dejo por si te apaciguas un poco más.

Filoctetes.- ¡Oh tierra! recíbeme moribundo como estoy, pues el dolor ya no me deja levantar.

Neoptólemo.- Parece que el sueño no tardará en apoderarse de este hombre; pues ya dobla la cabeza, el sudor le brota por todo el cuerpo y la negra vena del pie se le ha roto, echando sangre. Pero dejésmolo quieto amigos, para que se duerma.

Coro.- Sueño que no sabes lo que es el dolor, sueño que ignoras las penas, ven a nosotros propicio, ¡oh rey haces la vida dichosa! Y consérvale en sus ojos esa serenidad que ahora sobre ellos se tiende. ¡Ven, ven en mi auxilio, alivio de todo mal! Y tu ¡oh joven! considera en donde estamos y adonde hemos de ir, y en qué de pensar yo desde ahora. Ya lo ves, ¿qué esperamos para comenzar? La oportunidad, que tiene consejos para todos los asuntos, proporciona fuerza, mucha fuerza, contra todo impedimento.

Neoptólemo.- Este ciertamente nada oye; pero yo veo que inútilmente nos apoderemos de su arco, si navegamos sin él. Pues de él ha de ser la corona, y a él dijo el dios que nos llevásemos. Vanagloriarse de empresa que no se termine ni aún con mentiras, es vergonzoso probio.

Coro.- Pero hijo, esto ya lo verá el dios; mas de lo que me tengas que decir, bajito, bajito, hijo, envíame el susurro de tus palabras; porque en todos los enfermos el sueño, insomne, tiene perspicacia para ver. Pero lo mejor que puedas, aquello, aquello considera en silencio cómo lo vas a hacer. Ya sabes a lo que me refiero; si tal opinión tienes de éstas cosas, difícilísimos son estos trances para que en ellos provean los hombres de bien. Viento favorable, hijo, viento favorable hace, y ese hombre con los ojos cerrados y sin tener de que valerse, está sumido en profundo sopor - amodorrado sueño que nos es favorable -, sin tener dominio sobre sus manos y pies, ni sentidos, sino que parece un muerto. Mira, si darás las oportunas órdenes; que a lo que se alcanza a mi mente, hijo, la empresa que se lleva cabo sin miedo es lo mejor.

Neoptólemo.- Te ordena callar y que tu mente no devaríe; pues este hombre mueve los ojos y levanta la cabeza.

Filoctetes.- ¡Oh descanso, sucesor del sueño, y auxilio que no esperaba yo de éstos huéspedes! Nunca jamás, ¡Oh hijo! Hubiera creído yo que aguantaras tan compasivamente mis dolencias, asistiéndome y auxiliándome. Nunca los átridas, esos valientes generales aguantaron esto que tan fácil es de soportar. Pero la nobleza de tu carácter, ¡oh hijo de nobles padres! Soportó todo esto fácilmente, aunque te molestaran mis gritos y el infecto olor de mi herida. Y ahora que parece que algún alivio y descanso me deja el mal, levántame tu mismo, hijo; ponme de pie para que, apenas se me pase la fatiga, nos vayamos a la nave y no retardemos la navegación.

Neoptólemo.- Pues me regocijo de verte, contra lo que esperaba, libre de dolor y disfrutando de la luz y de la vida; porque los síntomas del accidente que te acaba de dar parecían de un hombre ya cadáver. Levántate, pues; y si lo prefieres te llevarán éstos, que no rehusaran tal servicio si a ti y a mí nos parece bien que lo desempeñen.

Filoctetes.- Lo apruebo, ¡oh hijo! Y levántame como quieras; pero deja a esos no sea cosa que se fastidien con el mal olor más pronto de lo que conviene; que en la nave bastante trabajo habrán de aguantar al tener que estar conmigo!

Neoptólemo.- Sea como quieras; pero levántate tú mismo, y tente en pie.

Filoctetes.- Espera; me levantaré del modo como la práctica continua me ha enseñando.

Neoptólemo.- ¡Papay! ¿Y qué he de hacer yo desde ahora?

Filoctetes.- Qué hay, ¡oh hijo! ¿Qué te propones con eso que has dicho?

Neoptólemo.- Estoy dudando del giro que deba dar a tan difícilísima conversación ...

Filoctetes.- ¿Dudas tú? ¿de qué? No digas eso hijo.

Neoptólemo.- Pues ya me hallo en el momento de la prueba.

Filoctetes.- ¿Es que el fastidio de mi dolencia te ha disuadido de llevarme a la nave?

Neoptólemo.- Todo es fastidio cuando uno, traicionando su propio natural, hace lo que con él no está conforme.

Filoctetes.- Pues nada que desdiga de tu nacimiento haces tú ni dices auxiliando a un hombre de bien.

Neoptólemo.- Seré un villano; esto me aflige tiempo ha.

Filoctetes.- No ciertamente por lo que haces, aunque lo temo por lo que dices.

Neoptólemo.- ¡Oh Júpiter! ¿Qué hago? ¿Continuaré siendo un malvado, ocultando lo que no debo y diciendo mentiras?

Filoctetes.- Este hombre, si no es un mal pensamiento mío, parece que traicionándome y dejándome abandonado va a emprender su navegación.

Neoptólemo.- Abandonarte yo, nunca; sino que el temor de llevarte a disgusto tuyo es lo que me aflige hace tiempo.

Filoctetes.- Qué estás diciendo, ¡oh hijo! Pues no te comprendo.

Neoptólemo.- Nada te ocultaré. Es preciso que vengas a Troya junto a los aqueos y al ejército de los átridas.

Filoctetes.- ¡Ay de mí! ¿Qué dices?

Neoptólemo.- No te aflijas antes de saber ...

Filoctetes.- ¿Qué he de saber? ¿Qué piensas hacer de mí?

Neoptólemo.- Curarte primero de esa dolencia, y luego ir contigo a devastar los campos de Troya.

Filoctetes.- Y eso, ¿es verdad que piensas hacerlo?

Neoptólemo.- Es grande la necesidad de esto; escúchame sin irritarte.

Filoctetes.- Estoy perdido, infeliz de mí; me traicionan! ¿Qué has tramado contra mí, extranjero? Dame enseguida mi arco.

Neoptólemo.- Pues no puede ser; porque el deber y la utilidad me hacen obedecer a mis jefes.

Filoctetes.- Ah tú, que eres fuego devorador, todo horror y artificio odiosísimo de pérdida astucia, ¡cómo te has burlado de mí! ¡Cómo me has engañando! ¿No avergüenzas de mirar al que se ha echado a tus pies al suplicante? ¡Oh miserable! Me quitaste la vida al coger el arco. Devuélvemelo, te lo suplico; te lo ruego hijo. ¡Por los dioses de tu familia, no me quites la vida! ¡Ay pobre de mí! Pero ni me contesta ya; sino que como quien nunca lo ha de soltar me mira. ¡Oh puertos, oh promontorios, oh amigables bestias montaraces, oh rocas escarpadas! Ante vosotros, pues no veo otro a quien pueda hablar, a vosotros que sois mis habituales compañeros, os manifiesto llorando la perfidia con que de mí ha abusado el hijo, el hijo de Aquiles. Después de haber jurado llevarme a casa, intenta conducirme a Troya; y cuando después de darme su diestra mano en señal de fidelidad, recibió de mí las flechas sagradas de Hércules, el hijo de Júpiter, las retiene y quiere presentarla a los argivos. Como si hubiera apresado a un hombre robusto, me lleva a la fuerza; y no advierte que mata a un muerto o a la sombra del humo, que no es más que vana apariencia. Porque nunca, de estar yo en salud, me habría cogido; ni tampoco así como estoy, sino por engaño. Mas ahora he sido miserablemente engañado: ¿Qué he de hacer? Pero devuélvemelo; manifiesta ahora tu noble linaje. ¿Qué dices? ¿Callas? ¡Muerto soy, infeliz de mí! ¡Oh roca de dos puertas! De nuevo, otra vez, entraré en tu interior, inerme, sin tener de qué alimentarme, y así me consumiré en ese antro, solo, sin poder matar pájaro volador ni bestia montaraz con esas flechas; sino que yo mismo, infeliz, muriendo, proporcionaré alimentos a los mismos de quienes me sustenté; me cazarán ahora aquellos a quienes antes yo cazaba. Con mi sangre pagaré el precio de su sangre, por culpa de este que aparentaba no conocer el mal. ¡Ojalá mueras! Pero no antes quisiera saber si de nuevo cambias de opinión; que si no, ¡ojalá perezcas despiadadamente!

Coro.- ¿Qué hacemos? En ti está el que nosotros emprendamos ya la navegación ¡oh rey! O el que accedamos a las súplicas de éste.

Neoptólemo.- A mí me ha infundido muy grande compasión este hombre; no ahora por vez primera, sino hace ya tiempo.

Filoctetes.- Compadécete, h niño por los dioses; y no te acarrees la ignominia entre los hombres, engañándome.

Neoptólemo.- ¡Ay de mí! ¿Qué haré? No debía haber salido de Esciro; tanto me entristece lo que estoy presenciando.

Filoctetes.- No eres malo tú, sino que adiestrado por los hombres malos, parece haber llegado al crimen.

Pero ahora, ya que cedes a los requerimientos de otros a quienes debes obedecer, hazte a la vela, pero dejándome mis armas.

Neoptólemo.- ¿Qué hacemos, varones?

Ulises.- ¡Ay de ti el más vil de los hombres! ¡Qué va a hacer? ¿No me entregarás esas armas y te alejarás de aquí?

Filoctetes.- ¡Ay de mí! ¿Quién es este hombre? ¿No oigo a Ulises?

Ulises.- Ulises, entiéndelo bien, es a quien estás mirando.

Filoctetes.- ¡Ay de mí! He sido vendido y estoy perdido. Este ha sido, pues, el que me ha sorprendido y despojado de mis armas.

Ulises.- Ya sábelo bien y no otro; lo confieso.

Filoctetes.- Devuélveme, alárgame, hijo el arco.

Ulises.- Eso, ni aunque quiera lo hará jamás; sino que es preciso que vengas tú con él, o te llevaremos a la fuerza.

Filoctetes.- ¿A mí, villano entre los villanos y audaz, me llevarán éstos a la fuerza?

Ulises.- Si no vienes de buena gana.

Filoctetes.- ¡Oh tierra de Lemnos y llama de fuego de Vulcano que todo lo domas! ¿Es tolerable que éste me arranque de ti a la fuerza?

Ulises.- Júpiter es, para que lo sepas; Júpiter, el dueño de esta tierra; Júpiter quien ha decretado esto y yo obedezco.

Filoctetes.- ¡Oh asqueroso! ¡Qué mentiras inventas para hablar! Invocando a los dioses, los pones como embusteros.

Ulises.- No, sino como verdaderos. El camino se ha de andar.

Filoctetes.- Yo digo que no.

Ulises.- Yo digo que sí; es preciso obedecer.

Filoctetes.- ¡Ay infeliz de mí! Verdaderamente que me engendró mi padre como esclavo y no como hombre libre.

Ulises.- No; sino igual a los valientes con quienes es preciso que tú tomes a Troya, y la destruyas por la fuerza.

Filoctetes.- Jamás; ni aunque tuviera que aguantar todos los males, mientras me soporte el prominente suelo de esta tierra.

Ulises.- ¿Qué pretendes hacer?

Filoctetes.- Estrellar al momento mi cabeza contra una roca, arrojándome desde lo alto de esa piedra.

Ulises.- Cogedle todos para que no pueda hacer eso.

Filoctetes.- ¡Oh manos, qué cosas aguantáis por la falta de ese querido arco de que habéis sido privadas por ese hombre! ¡Oh tú, que en nada saludable ni generoso piensas, cómo has logrado engañarme, cómo me has cogido, poniendo de pantalla a este niño que me era desconocido, y tan diferente de ti y tan semejante a mí, que no ha sabido hacer más que lo que se le había mandado, y claramente demuestra que ahora está pesaroso de la falta que ha cometido y de lo que yo he sufrido! Pero tu alma infame, que furtivamente va mirando siempre, a él que es sencillo y que no quería, bien lo amaestró en las artes de la perfidia. Y ahora, a mí, ¡Oh malhadado! Piensas sacarme atado de esta orilla donde me arrojaste abandonado, desamparado, desterrado, como a un muerto entre los vivos. ¡Huy! ¡Ojalá mueras! ¡Y cuántas veces te lo he deseado! Pero nunca los dioses me conceden ningún gusto; pues tú vives alegre y yo peno ciertamente, porque vivo entre los muchos males que sufro, burlado de ti y de los dos generales hijos de Atreo, de quienes eres lacayo; pues cierto es que tú, engañado y subyugado por la fuerza, navegaste con ellos; pero a mí; ¡qué desgraciado soy!, que voluntariamente me hice a la vela, marinero en siete naves, como a un infame me desecharon ellos; según tú dices, así como ellos dirán que tú. Y ahora, ¿por qué me lleváis? ¿Por qué me sacáis de aquí? ¿Por qué, di, si nada soy y he muerto para vosotros hace ya tiempo? ¿Es qué ¡oh infame aborrecido de los dioses! ya no soy para ti cojo ni mal oliente? ¿Es que ya te es posible quemar sacrificios a los dioses, aunque yo los presencie? Este pues, fue tu pretexto para desecharme. ¡Ojalá mueras ignominiosamente! Y moriréis los que habéis tratado injustamente a este hombre, si los dioses se cuidan de la justicia. Y se muy bien que se cuidan; porque nunca hubiera verificado esta navegación por causa de un hombre desdichado si un estímulo divino no os hubiese incitado a buscarme. Pro, ¡oh tierra patria y dioses providentes! Castigad, castigad, aunque tarde, a todos éstos, si

algo de mí os compadecéis. Que así como vivo tan dolorosamente, si viera morir a éstos, creería haber sanado de mi dolencia.

Coro.- Rencoroso es el huésped, y rencorosa maldición la que ha proferido, ¡oh Ulises!, como de quien no se doblaba por la desgracia.

Ulises.- Mucho podría contestar a las palabras de éste si me estuviera permitido; pero ahora no digo más que una palabra. Tal como las circunstancias lo requiere, así soy yo. Si se ofrece un concurso de hombres justos y honrados, no encontrarás a otro más piadoso que yo. Soy de índole tal, que necesito triunfar en todas partes, excepto en lo que a ti se refiere; y ahora de buen grado cedo ante ti. Dejadle pues; no le toquéis más, dejad que se quede; no necesitamos de él teniendo las armas éstas; porque está entre nosotros Teucro, que sabe manejarlas, y también yo, que pienso que no te soy inferior en nada de esto, ni en apuntar con la mano. ¿Qué necesidad hay, pues, de ti? Sé feliz paseándote por Lemnos. Nosotros vayámonos, y posible es que pronto me conceda en premio el honor que debías alcanzar.

Filoctetes.- ¡Ay de mí! ¿Qué haré en mi infortunio? ¿Tú luciéndote con mis armas. Te presentarás entre los argivos?

Ulises.- No tienes que decirme nada, que ya me voy.

Filoctetes.- ¡Oh hijo de Aquiles! ¿Y ni siquiera merezco que me dirijas la palabra, que así te vas?

Ulises.- Sigue tú; no vuelvas la vista, aunque eres compasivo, para no malograr nuestra buena suerte.

Filoctetes.- ¿De modo que también vosotros, ¡oh extranjeros! Me abandonáis aquí solo, abandonado, y no os compadecéis de mí?

Coro.- Este joven es el capitán de nuestra nave. Todo lo que el diga es lo que decimos nosotros.

Neoptólemo.- Se me dirá que estoy lleno de compasión por éste; sin embargo aguardad, si a éste place, tanto tiempo cuanto necesiten los marineros para arreglar lo de la nave, y roguemos nosotros a los dioses. Y tal vez, entre tanto, tome éste mejor resolución para nosotros. Nos vamos, pues nosotros dos; y vosotros, cuando os llamemos venid corriendo.

Filoctetes.- ¡Oh antro de cóncava piedra, caliente y frío! ¿Cómo se ve que no debía yo, pobre de mí, dejarte jamás sino que has de ser testigo de mi muerte! ¡ay de mí, de mí! ¡Oh antro que tan lleno estás de los gemidos de este infeliz! ¿Qué será en delante de mi alimento cotidiano? ¿Qué esperanza me queda, si soy inútil, de alcanzar el sustento de mi vida?

¡Ojalá por el aire me arrebatara las arpas con rápido viento, pues nada valgo!

Coro.- ¡Tú ciertamente, tú ciertamente los has querido así, ¡oh muy infortunado!, no te viene esta desgracia de otro que tenga más poder; pues cuando podías pensarlo escogiste lo peor en vez de lo mejor.

Filoctetes.- ¡Oh! Desventurado, desventurado soy y maltratado por el dolor; pues ya desde hoy en adelante, sin que hombre alguno viva conmigo, pobre de mí moriré, ¡ayay, ayay!, sin poderme procurar alimento, ni poder lanzar las voladoras flechas de mi arco con mis potentes manos. Me engañaron las palabras oscuras y fraudulentas de pérfido corazón. ¡Ojalá viera al que ha maquinado esto, sufriendo mi misma pena el tiempo que yo la sufro!

Coro.- La suerte. La suerte que te han deparado los dioses te tiene así, no engaño tramado por mí.

Guarda esa terrible e infausta maldición para otros, puesto que yo tengo interés en que no rechaces mi amistad.

Filoctetes.- ¡Ay de mí! Que tal vez sentado en la orilla del blanco mar se está riendo de mí, blandiendo en sus manos el arco que me alimentaba, pobre de mí, y que nadie jamás manejó. ¡Oh arco querido, oh arco arrebatado de mis manos! En verdad que si algún sentimiento tienes, dirigirás compasivamente tus miradas al heredero de Hércules, tan amigo tuyo y que ya no se servirá de ti en adelante; pues, desde ahora te hallas en manos de un hombre muy taimado, viendo sus ruines falsedades y a él mismo, guerrero odioso y aborrecible, levantando contra mí, del fondo de su desvergüenza, un sinúmero de atrocidades en las que nadie pensó.

Coro.- Propio es de todo hombre de bien decir únicamente lo que sea justo; y una vez dicho, no dejar salir de su boca el dolor que le causa la envidia; pues habiendo recibido aquél solo el mandato de muchos, por encargo de éstos llevó a cabo la empresa común de todos sus amigos.

Filoctetes.- ¡Oh voladora caza y fieras de brillantes ojos que esta región alimenta en sus montes! Ya no huiréis de mi cuando os acerquéis a esta caverna, porque ya no tengo en mis manto el auxilio de mis flechas. ¡Qué desdichado soy ahora!, sino que libremente podéis ocupar esta región, que ya no os causa temor ninguno. Venid, ahora es ocasión de que os vengáis con mi muerte, saciando a vuestro placer el estómago con mi amoratada carne, pues pronto dejaré de vivir.

Porque ¿de dónde he de sacar el sustento? ¿Quién así como quedo yo puede mantenerse del aire, sin fuerzas para coger nada de cuanto produce la vivifica tierra?

Coro.- Por los dioses te pido que si algún respeto tienes al extranjero, te llegues a él pues lleno de benevolencia vino él hacia ti. Y entiende, entiende bien, que en tu mano está el librarte de esta desgracia; pues es lamentable alimentar una dolencia y no comprender la inmensa pesadumbre que consigo lleva.

Filoctetes.- Otra vez, otra vez me recuerdas mis antiguas penas, ¡oh tu que eres el mejor de todos los que ha abordado aquí! ¿Por qué me matas? ¿Por qué me tratas así?

Coro.- ¿Por qué me dices eso?

Filoctetes.- Porque me quieres llevar a los campos de Troya, tan odiados por mí.

Coro.- Eso, pues, creo es lo mejor.

Filoctetes.- Pues déjame aquí ya.

Coro.- Grato me es, muy grato, eso que me mandas y que de buen grado haré. Marchemos, marchemos al sitio que en la nave se nos ha mandado.

Filoctetes.- No, por Júpiter, a quien invoco en mi plegaria, te marches, e lo suplico.

Coro.- Se moderado.

Filoctetes.- ¡Oh extranjeros! Esperad, por los dioses.

Coro.- ¿Qué gritos das?

Filoctetes.- ¡Ayay, ayay! ¡Demonio, demonio! ¡Estoy perdido, infeliz de mí! ¡Oh pie, pie! ¿Qué haré de ti en lo que me queda de vida? ¡Pobre de mí! ¡Oh extranjero! Venid, acercaos de nuevo.

Coro.- ¿Para qué? ¿Es para algo diferente de lo que os acabas de manifestar?

Filoctetes.- No debéis enojaros con quien, maltratados por tan violentos dolores, diga algún despropósito.

Coro.- Ven, pues, ¡oh infeliz! Como te lo mandamos.

Filoctetes.- nunca, nunca, tenlo por cierto, aún cuando Júpiter, lanzando truenos y centellas, viniera a abrasarme con sus rayos. Vaya noramala Troya y todos cuantos bajo sus muros están y que permitieron desecharme por causa de mi pie. Pero ¡oh extranjeros! Concededme un solo favor.

Coro.- ¿Qué favor es el que nos pide?

Filoctetes.- Una espada, si tenéis, o un hacha, o cualquier arma enviadme.

Coro.- ¿Qué hazaña piensas hacer?

Filoctetes.- Cortarme la cabeza y los miembros con mis manos. La muerte, la muerte deseo ya.

Coro.- ¿Para qué?

Filoctetes.- Para reurnirme con mi padre.

Coro.- ¿Dónde?

Filoctetes.- En el infierno; pues ya no quiero vivir. ¡Oh ciudad, oh ciudad patria! ¡Cómo podría verte este varón desdichado que, habiendo abandonado tu sagrada fuente, se ausentó como auxiliar de los odiosos dánaos! Ya no soy nada.

Coro.- Yo, en verdad, hace ya tiempo que por ti me hubiera ido hacia la nave, si cerca no viera avanzar a Ulises, y también al hijo de Aquiles, que hacia aquí vienen.

Ulises.- ¿No me dirás qué te propones retornando por éste camino, ligero y con tanta prisa?

Neoptólemo.- Enmendar el yerro que antes cometí.

Ulises.- Terrible es lo que dices. El yerro; ¿Cuál fue?

Neoptólemo.- El haberte creído a ti y a todo el ejército.

Ulises.- ¿Hiciste alguna cosa que no te esté bien hacerla?

Neoptólemo.- Engañar a un hombre con dolo y torpes mentiras.

Ulises.- ¿A quien? ¡Hola! ¿Qué piensas hacer de nuevo?

Neoptólemo.- De nuevo nada, sino al hijo de Peante ...

Ulises.- ¿Qué le vas a hacer? ¡Cómo me invade el temor!

Neoptólemo.- De quién recibí este arco, nuevamente ...

Ulises.- ¡Oh Júpiter! ¿Qué dices? ¿Piensas devolvérselo?

Neoptólemo.- Como que indignamente y sin razón lo tengo en mi poder.

Ulises.- ¡Por los dioses! ¿Acaso dices eso para insultarme?

Neoptólemo.- Si insulto hay en decir la verdad.

Ulises.- ¿Qué dices hijo de Aquiles? ¿Qué palabras has proferido?

Neoptólemo.- ¿Quieres que las repita dos y tres veces?

Ulises.- Jamás hubiera querido oírlas ni una sola vez.

Neoptólemo.- Sabe ahora bien que has oído todo mi propósito.

Ulises.- Hay alguien, hay quien te impedirá hacerlo.

Neoptólemo.- ¿Qué dices? ¿Quién será el que me impedirá esto?

Ulises.- Todo el ejército de los aqueos, y entre ellos yo.

Neoptólemo.- Siendo sabio de natural, no hablas ahora con sabiduría.

Ulises.- Y tú ni dices ni quieres hacer cosas sabias.

Neoptólemo.- Pero si son justas, mejores son éstas que las sabias.

Ulises.- ¿Y cómo ha de ser justo devolver aquello de que te apoderaste por mis consejos?

Neoptólemo.- La vergonzosa falta que cometí, intentaré reparar.

Ulises.- ¿Y no temes al ejército de los aqueos, si haces eso?

Neoptólemo.- Con la justicia no me arredra tu amenaza.

Ulises.- ...

Neoptólemo.- Pero ni a la fuerza te obedeceré para hacerlo.

Ulises.- ¿De modo que no luchamos contra los troyanos sino contra ti?

Neoptólemo.- Venga lo que haya de venir.

Ulises.- Mira mi diestra mano, que ya empuña la espada.

Neoptólemo.- Pues en verdad que me verás hacer lo mismo sin esperar más.

Ulises.- Bueno, te dejaré; pero ante todo el ejército contaré esto en seguida que llegue, para que se vengue de ti.

Neoptólemo.- Te has moderado, y si en adelante tienes la misma prudencia, es fácil que no te metas donde tengas que llorar. Y tú hijo de Penate, a Filoctetes llamo, sal dejando esa pétrea casa.

Filoctetes.- ¿Qué susurro de voz suena a la vera de mi antro? ¿Por qué me llamáis? ¿Qué queréis de mi, extranjeros? ¡Ay de mi! Mala cosa. ¿Acaso venís para añadir nuevos males a mí?

Neoptólemo.- Anímate y escucha las razones con que vengo.

Filoctetes.- Te temo, porque antes, llevado de tu buena palabra, hice mal en dejarme persuadir por tus razones.

Neoptólemo.- ¿Y no es posible que uno se arrepienta luego?

Filoctetes.- Mira lo que fuiste cuando me robaste el arco: amigo de palabra, pero enemigo solapado.

Neoptólemo.- Pero ciertamente ahora; y quiero oír de ti si has decidido obstinarte en permanecer aquí o venir con nosotros.

Filoctetes.- Calla, no hables más; pues inútilmente me dirás todo cuanto me digas.

Neoptólemo.- ¿Así lo has decidido?

Filoctetes.- Y más firmemente de cómo te lo puedo decir.

Neoptólemo.- Pues hubiera querido persuadirte con mis razones; pero si no es oportuno el te hable me callo.

Filoctetes.- Porque todo lo que digas será inútil; porque jamás encontrarás bien dispuesto mi corazón, tú, que con engaños me privaste del sustento, y luego vienes a darme consejos; eres mala ralea de un noble padre. ¡Ojalá murieras, los átridas principalmente, y luego Ulises y también tú!

Neoptólemo.- No maldigas más, recibe de mis manos el arco éste.

Filoctetes.- ¿Qué dices? ¿segunda vez tratas de engañarme?

Neoptólemo.- Te juro que no por la sacra majestad del excelso Júpiter.

Filoctetes.- ¡Oh qué gratas las palabras que profieres si dices la verdad!

Neoptólemo.- La cosa se aclarará enseguida; extiende tu diestra mano y hazte dueño de tus armas.

Ulises.- Yo te lo prohíbo, los dioses sean testigos, por los átridas y por todo el ejército.

Neoptólemo.- Hijo, ¿de quién es la voz que oigo? ¿Acaso de Ulises?

Ulises.- Bien la conoces; y aquí me tienes para llevarte por fuerza al campo de Troya, quiera o no el hijo de Aquiles.

Filoctetes.- Pero no te alegrarás de ello si esta flecha va bien dirigida.

Neoptólemo.- ¡Ah! De ningún modo, no, por los dioses, dispares esa flecha.

Filoctetes.- Suéltame, por los dioses, la mano, queridísimo hijo.

Neoptólemo.- No te la suelto.

Filoctetes.- ¡Huy! ¿Por qué me impides que a un hombre enemigo y aborrecido mate con mis flechas?

Neoptólemo.- Porque ni a mí ni a ti conviene eso.

Filoctetes.- Pues has de saber: que los cabezas de ejército, los embusteros heraldos de los aqueos, son cobardes en la batalla y audaces en sus palabras.

Neoptólemo.- Bueno. Ya tienes tu arco y no hay de qué tengas rencos ni reproches contra mí.

Filoctetes.- Lo confieso, y has demostrado ¡oh hijo!, la sangre de que naciste; no eres hijo de Sísifo, sino de Aquiles, quien, cuando estaba entre los vivos, oyó de sí los mejores elogios, y también ahora entre los muertos.

Neoptólemo.- Me regocijo de oírte hablar de mi padre y de mi mismo; pero escucha lo que deseo alcanzar de ti: los hombres a quienes los dioses envían desgracias, no tiene más remedio que soportarlas; pero aquellos que voluntariamente se encuentran en la miseria, como tú, a esos ni es justo tenerles indulgencia ni compadecerles; tú te enfureces, y no sólo no admites consultor, sino que si alguien te aconseja hablándote con benevolencia, le odias creyéndole enemigo y malintencionado. No obstante, te diré – y pongo por testigo a Júpiter, vengador de los perjuros y esto entendiéndole bien y grávalo en tu corazón – que tu sufres esa dolencia por castigo divino; porque en el templo de Apolo, en Crisa, te aproximaste al custodio, que era la cuidadosa serpiente que, encubierta guardaba el descubierto recinto sagrado. Y curación de esa grave dolencia sabe que la alcanzarás- mientras el sol se levante por ese lado y se ponga por el otro – hasta que tú mismo vengas espontáneamente a los campos de Troya, y presentándote a los hijos de Esculapio, que entre nosotros están, te alivien esa dolencia, y con este arco y con mi ayuda seas el destructor de la ciudadela de Troya. Y te voy a decir el modo como he sabido yo que esto ha de ser así. Hemos cogido de Troya a un muchacho prisionero, el célebre adivino Heleno, que explica claramente cómo ha de suceder esto; y añade además que es necesario que Troya sea destruida totalmente en el presente verano, y si no, se ofrece voluntariamente para que le maten, si miente al predecir esto. Ya que sabes la predicción, cede de buen grado; porque hermoso logro es que entre los helenos seas tú el único tenido por el mejor: primero para caer en manos que te han de curar, y luego para que después de conquistada Troya, la que tanto trabajo nos cuesta, alcances la gloria excelsa.

Filoctetes.- ¡Oh odiada vida! ¿Por qué a mí, por qué todavía me tienes vivo aquí arriba y no me lanzaste para ir al infierno? ¡Ay de mí! ¿Qué haré? ¿Cómo decrecer las razones de éste que siendo buen amigo me aconseja? Pero ¿he de ceder? Y luego ¿cómo, infeliz de mí, si hago esto me presentaré en público? ¿Con quién conversar? ¿Cómo, ¡oh ojos que habéis visto todo lo que conmigo ha sucedido!, toleraréis que yo me reúna con los hijos de Atreo, que me perdieron? ¿Cómo con el facineroso hijo de Laerte? Pues no me escuece tanto el dolor de lo pasado como el que he de sufrí de parte de éstos, y que me parece estar ya viendo; porque a esos su propia índole, madre de maldad les alecciona para que en todo sean criminales. Y respecto de ti, admirado estoy de esto: de cuando tú mismo debías no querer volver ya más a Troya y disuadirme a mí. ¿De esos que injuriaron despojándote de las armas de tu padre, de esos eres aliado y me fuerzas a que lo sea? Nunca hijo,; sino que como me prometiste, llévame a casa; y tú mismo, quédate también en Esciro, deja que ignominiosamente perezcan los malvados; que así obtendrás de mi doble agradecimiento y también de tu padre; y no, por auxiliar a canallas, manifestarás ser de índole canallesca como ellos.

Neoptólemo.- Hablas congruentemente; pero, sin embargo, quiero que, conformándote con la voluntad de los dioses y con mis razones, salgas conmigo, que bien te quiero de esta tierra.

Filoctetes.- ¿Acaso para ir a los campos de Troya y presentarme al odioso hijo de Atreo con este desdichado pie?

Neoptólemo.- Para presentarte a los que te harán cesar los dolores de ese purulento pie, curándote la dolencia.

Filoctetes.- ¡Oh qué terrible cosa me propones! ¿Qué dices?

Neoptólemo.- Lo que para ti y para mí veo que ha de ser lo mejor.

Filoctetes.- Y al decir eso, ¿no te sientes avergonzado ante los dioses?

Neoptólemo.- ¿Cómo puede sentir uno vergüenza beneficiándose?

Filoctetes.- Ese beneficio de que hablas, ¿es para los átridas o para mí?

Neoptólemo.- Tu amigo de verdad soy, y como tal te hablo.

Filoctetes.- ¿Cómo, si quieres entregarme a mis enemigos?

Neoptólemo.- ¡Oh querido! Aprende a no insolentarte en la desgracia.

Filoctetes.- Me pierdes con ese discurso, te lo conozco.

Neoptólemo.- No, ciertamente; lo que yo digo es que tú no quieres saber ...

Filoctetes.- ¿No se yo que los átridas me desecharon?

Neoptólemo.- Pero si los que te desecharon te salvan de nuevo, eso es lo que has de considerar.

Filoctetes.- Nunca de modo que voluntariamente vea yo a Troya.

Neoptólemo.- ¿Qué más tengo yo que hacer si en mis razonamientos no puedo persuadirte con nada de lo que te diga? Porque más fácil me es dejarme de razones y dejarte vivir como vives sin esperanza de salvación.

Filoctetes.- Déjame que sufra los males que deba pasar; pero lo que me prometiste chocando mi mano derecha de acompañarme a casa, esto cúmplole, hijo, y no te tardes ni me recuerdes más a Troya, que bastantes lágrimas me ha hecho ya derramar.

Neoptólemo.- Si te parece, marchemos.

Filoctetes.- ¡Oh qué palabra más generosa has dicho!

Neoptólemo.- Apóyate en mí al andar.

Filoctetes.- En cuanto pueda.

Neoptólemo.- Y la inculpación de los aqueos, ¿cómo la evitaré?

Filoctetes.- No te preocupes.

Neoptólemo.- ¿Cómo no, si devastarán mi país?

Filoctetes.- ¿Asistiéndote yo?

Neoptólemo.- ¿Qué ayuda me prestarás?

Filoctetes.- Con estas flechas de Hércules ...

Neoptólemo.- ¿Qué dices?

Filoctetes.- Impediré que se acerquen.

Neoptólemo.- Sigue, saludando antes con reverencia a esta tierra.

Hércules.- Todavía no, hasta que escuches mis palabras, hijo de Peante, y piensa que la voz de Hércules es la que en tus oídos suena, y su cara la que ves. Por tu causa vengo desde mi celestial asiento, que he dejado para anunciarte los designios de Júpiter y detenerte en el camino que acabas de emprender. Tú, empero mis palabras escucha con atención. Y primeramente te recordaré mis azares, los grandes trabajos que sufrí y llevé a cabo para alcanzar esta inmortal virtud como tienes ocasión de ver. También para ti, entiéndelo bien, estaba decretado que pasaras estas penas, y que después de ellas tuvieras una gloriosa vida. Yéndote, pues, con este joven hacia la ciudad de Troya, primeramente te curarás la dolencia horrible, y te distinguirás por tu valor como el primero del ejército; a París, que de todas estas calamidades es culpable, privarás de la vida con mis flechas, y destruirá Troya; los despojos que como premio al valor obtendrás del ejército, los enviarás a tu casa a tu padre Peante, a la meseta de Eta, tu patria; pero el botín que coas de ese ejército, en recuerdo de mi arco llévalo sobre mi pira. Y a ti, hijo de Aquiles, mira lo que te aconsejo: porque como ni tu sin peste puedes conquistar campo troyano, ni éste sin ti, así, como dos leones consortes, defendeos: éste a ti y tú a éste. Yo enviaré a Esculapio a Troya para que te cure

de esa dolencia; pues ya está decretado que con mi arco sea ella conquistada. Y en esto debéis pensar después que devastéis el campo: en ser piadosos para con los dioses; pues las demás virtudes las estima todas como secundarias el padre Júpiter, porque la piedad no muera con los mortales; que vivan o mueran éstos, ella no perece.

Filoctetes.- ¡Oh tú que me envías esta deseada voz y después de tanto tiempo me apareces! No desobedeceré tu mandato.

Neoptólemo.- También yo pondré en ello el mismo cuidado.

Hércules.- Pues no demoréis más la empresa; que el tiempo favorable y la navegación os instan, por ser el viento de popa.

Filoctetes.- Deja, pues que al marcharme dirija un saludo a esta tierra. Salve ¡oh mansión compañera mía, y ninfas de éstas húmedas praderas, y resonante fragor del mar, y promontorio en el cual muchas veces se mojé mi cabeza dentro de la cueva por la ráfaga del noto, y monte de Mercurio, que tantas veces me has devuelto el eco retumbante de los lamentos que lanzaba mi aflicción! Ya por fin, ¡oh fuentes y agua Licia!, os voy a dejar; os dejo ya, cosa que jamás podía llegar a creer. ¡Salve, oh campo de Lemnos ceñido por el mar! Envíame complaciente y con próspera navegación adonde me llevan el potente hado, el parecer de los amigos y el todopoderoso demonio, que ha decidido esto.

Coro.- Marchemos ya todos juntos, suplicando a las ninfas marinas que sean protectoras de nuestro regreso.

FIN

El presente libro ha sido digitalizado por el voluntario María Alejandra Costa